



Massimo Nicolini, en una escena de *Los persas*, en una imagen del INDA. MICHELE PANTANO

El director catalán desata la ovación del público con su versión de la obra de Esquilo en el milenario teatro de Siracusa

Àlex Ollé trae al presente la tragedia de 'Los persas'

RAQUEL VIDALES
Siracusa

Cinco mil personas aplaudiendo es al teatro lo que un concierto de Bad Bunny a la música popular contemporánea. "¡Un puntazo!", exclama el director de escena barcelonés Àlex Ollé. Cofundador de la veterana compañía La Fura dels Baus, con la que orquestó uno de los espectáculos centrales de la inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona. A sus 66 años, Ollé está disfrutando como un chaval con su debut en el milenario teatro griego de Siracusa, uno de los mayores recintos escénicos de la Antigüedad y también del presente, ante cerca de 5.000 espectadores. En la histórica ciudad siciliana, el teatro se vive como en la época de los griegos.

La obra elegida para este debut no era fácil. *Los persas*, la tragedia más antigua que se conserva completa, escrita por Esquilo en el siglo V a. C. Sin apenas acción, con largos parlamentos del coro, minuciosas descripciones y remotos códigos sociales. Pero Ollé, sin modificar el texto original, lo carga de suspense y emoción con una sofisticada puesta en escena con poderosas reverberaciones en el contexto actual. "Esto va de cómo la egolatría de algunos mandatarios arrasa con todo y puede derivar en guerras que destrozan a sus ciudadanos. No hace falta nombrar a Trump o Putin para que los veamos en escena", explica el director.

Los persas narra la victoria de los griegos en la batalla de Salamina, en la que combatió el propio Esquilo, frente al ejército persa comandado por el codicioso rey Jerjes, de quien el fantasma de su padre dice en la obra que "en su vana locura creía obtener la victoria sobre los dioses todos". Lo típico en la época habría sido componer un relato épico lleno de testosterona, pero Esquilo adoptó la perspectiva de los perdedores y creó la tragedia.

Sobre el inmenso escenario circular de Siracusa, Ollé dispone la tragedia en torno a una mesa de reuniones donde la reina madre persa espera noticias de la guerra. La irrupción de un mensajero herido de muerte que da cuenta de la sangrienta masacre, interpretado por Giuseppe Sartori, desata una conmoción que deja al público sin aliento. Tanto Sartori como Anna Bonaiuto, célebre actriz italiana que encarna a la reina, se llevan una ovación cada noche en los aplausos finales.

"No hace falta nombrar a Trump o Putin para verlos en escena", afirma

En las gradas se despliega una pancarta con el lema "No a la guerra"

Los espectadores también aplauden la decisión más arriesgada de este montaje. Tres personajes contemporáneos saltan desde las gradas al escenario para interrumpir la tragedia de Esquilo durante unos minutos. Una joven viuda de guerra, un soldado con estrés postraumático y una madre que ha perdido a su hijo en combate. Son monólogos breves, con palabras extraídas de testimonios reales de víctimas de conflictos actuales, que no se nombran, pero se intuyen y que conectan el pasado con el presente. Desde las gradas se despliega una pancarta con el lema "No alla guerra".

Los persas se estrenó el 13 de junio y se representará hasta el domingo en el teatro griego de Siracusa de manera alterna con la *Iliada*, dirigida por Giuliano Peparini. *Los persas*, además, se escenificará del 10 al 12 de julio en el teatro romano de Pompeya, entre las ruinas de la ciudad sepultada por el Vesubio. Son producciones del Instituto Nacional del Drama Antiguo de Italia (INDA), la institución que gestiona el histórico escenario griego desde que en 1914 recuperó la actividad teatral después de siglos de abandono. EL PAÍS asistió esta semana a ambos espectáculos por invitación del INDA. Declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, por cuestiones de conservación el escenario solo se activa durante mayo y junio, con dos montajes alternos cada mes. Siempre son clásicos grecolatinos.

Series **'Sugar'**

¿Cómo superar un vuelco argumental?

ENEKO RUIZ JIMÉNEZ

Es posible que ninguna serie haya tenido jamás un giro argumental tan gigantesco como el que la serie *Sugar* presentó en su sexto episodio. Tanto que si no han visto esta ficción (y tienen pensado hacerlo), mejor no sigan leyendo este texto. Para el resto, hagamos memoria: mientras se acercaba al final de su primera temporada, esta serie de detectives protagonizada por Colin Farrell cambiaba por completo su *statu quo* pasando de ser un *neo noir* en la actual Los Ángeles a poseer un trasfondo de ciencia ficción. Todo lo que se había contado, ahora era otra cosa. Su personaje principal se revelaba frente al espejo como un alienígena, uno obsesionado, eso sí, con las películas de cine negro clásicas de estos humanos a los que observa y

dísimo en su mera concepción como el de *Sugar*.

Su idea quizás podría asemejarse más al final de la primera temporada de *The Good Place* (cuando el cielo se rebeló como el infierno), uno de los espectaculares cambios de tercio de *Perdidos*, el descubrimiento de la madre de *Cómo conocí a vuestra madre* o el vuelco de géneros de *Westworld* (del *western* a los samuráis a... lo que fuera). *The Wire*, del mismo modo, cambiaba de personajes centrales y concepto cada temporada, pero el protagonista seguía ahí: Baltimore. Todos fueron cambios de *statu quo* profundos en la manera de hacer y contar la serie, claro, pero *Sugar*, en cambio, alteró además la percepción del espectador y de lo que estaba viendo. Quizás por eso también fue una de las series que más dividió a la crítica en su estreno.



Colin Farrell, en la segunda temporada de *Sugar*.

venera. Después de este vuelco, ¿cómo puedes continuar tu argumento sin trastocar del todo tu esencia? Eso es lo que trata de responder la segunda temporada de *Sugar*, que acaba de estrenarse en Apple TV.

Desde que *Juego de tronos* matara a Ned Stark al final de su primera temporada (y después la boda roja culminara sus giros), ha habido numerosas series que se han atrevido a cambiar a su protagonista mediante la pena de muerte. Lo hemos visto en *The Good Wife*, *Homeland* (con posterior resurrección) o *Downton Abbey*. Del mismo modo, otras series perdieron a su actor principal por diferentes motivos y siguieron sin mirar atrás: *The Walking Dead*, *Dos hombres y medio*, *House of Cards*, *Spin City*, *The Office*... Ese movimiento es ya casi un tópico más de la pequeña pantalla. Pero un cambio de actores es solo un detalle frente a un giro profun-

En la primera temporada, la periodista Lucy Magan de *The Guardian*, por ejemplo, dijo que se enfrentó al giro "con bufidos de desprecio" dado que "está demasiado avanzado en la historia para funcionar narrativamente y, además, es injusto para los muchos espectadores que se opondrán a él".

Pero todo lo que funcionaba en *Sugar* vuelve a hacerlo pese al cambio de contexto. Sigue siendo elegante, silenciosa y con un montaje rápido que construyó Fernando Meirelles. Si bien es lógico que ese giro espantara a muchos seguidores del género policíaco, su condición de extraterrestre es solo una pieza más del concepto de este personaje obsesionado por el cine. Sienta bien que, de vez en cuando, una serie te sorprenda con algo que nadie habría imaginado. Guste más o menos, mantiene viva la creatividad en una ficción cada vez más repetitiva.